

tana: "Asesinad la libertad de un pueblo, y veréis cómo en el opuesto confín del mundo llora la voz de un poeta. . . ."

En el sereno ambiente de la República literaria desvanécense los matices de las opiniones políticas ofuscados por el brillo del genio. No escatimaremos, no, nuestros encomios, á dos de esos ilustres desaparecidos: los Sres. Díaz González y Pimentel, por haber militado alguna vez en filas contrarias á las nuestras. Orador elocuente y persuasivo fué el primero; crítico y filólogo eminente fué el segundo; ecos de simpatía despertó la voz del uno siempre que resonó en el ámbito del Parlamento, en los estrados de los Tribunales, ó en el seno de las corporaciones científicas del país ó del extranjero; acreedor se hizo el otro á la admiración y al aprecio de sus conciudadanos, con su *Historia crítica de la Literatura nacional*, con su *Filología mexicana* y con su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*; ambos varones fueron ornato de la sociedad en que vivieron.

Poeta dulce y tierno que pobló en un tiempo con sus armonías nuestros más fastuosos salones, y que, retraído después, nos halagaba de cuando en cuando con alguno de sus sentidos cantos, tal fué el Sr. D. Luis Gonzaga Ortiz, cuyo nombre ha sido tal vez uno de los que, llevados en las blandas y luminosas alas de la Poesía, han alcanzado mayor popularidad entre nosotros.

Esas alas de luz fueron las que entre oleadas de perfumes, allá en aquel búcaro de flores que se llama Jalapa, acariciaron la frente de la Sra. Josefina Pérez de García Torres, y cuando el amor y la opulencia le brindaban sus múltiples encantos, la *Implacable* depositó en esa frente su helado ósculo, y la lira de marfil se escapó de sus manos gimiendo melancólica al rodar por la mullida alfombra. . . .

Escritor ameno y popular fué el Sr. Cuellar, quien con el pseudónimo de "Facundo," y bajo el título de "La linterna mágica," dió á luz una serie de pequeñas novelas de costumbres mexicanas, algunos de cuyos personajes son verdaderamente admirables por la fidelidad con que representan á los diversos tipos sociales que el autor se propuso caracterizar con ellos.

Al consagrar un recuerdo á todos esos cultivadores de las bellas letras, no podemos dejar de consignar aquí también el nombre del Sr. D. Vicente Gar-

cía Torres, muerto al comenzar el presente año, y que fué uno de los que más eficazmente contribuyeron al desarrollo literario, entre nosotros, ya como editor de varias obras, ya como fundador é infatigable sostén del *Monitor Republicano*, viejo campeón del partido liberal en el periodismo

¡Eres el último! Tú, cuyo nombre es para mí como ráfaga de lejana melodía, como vago aroma de nardos y azucenas, como postrer rayo de sol de un día primaveral; renacen al oírlo, en la imaginación, aquellas escapatorias del colegio, los largos paseos sobre la verde y humedecida yerba, las anhelantes carreras en pos de las mariposas de alas de gasa, los descansos junto al río que arrastraba entre sus blancas espumas los barcos de papel, náufragos bajo el peso de las rojizas

cortezas de la naranja cuya miel corría aún por entre los labios, las escaladas á los árboles para atrapar los nidos y las frutas, las risas alegres como campanillas de oro y de cristal. . . y las primeras y ruborosas confidencias de los presentimientos del amor. . .

Estos renglones representan el cumplimiento de una sagrada deuda; al frente de las páginas del libro que con el título de "Mis amigos" comenzaste á escribir y que te arrebató de entre las manos la aterradora Soberana, figura un nombre humilde: el que va al pie de estos mismos renglones, y figura dignificado por tu simpatía, enaltecido por tu cariño, calurosamente abrigado por tu corazón. . . . En ese corazón reinaba, dueña y

señora, la poesía, que á veces, como el licor de los bordes de la henchida copa, se desbordaba de tus labios; pero los que sólo te conocían por tus versos, no podían ni imaginar siquiera la limpidez de ese manantial del que se desprendían esas gotas de ternura. Eras poeta porque dentro de tí llevabas un tesoro de bondad y de sentimiento; pero á los que te leían sólo les abandonaste una que otra joya reluciente, lo demás, las nítidas perlas, los zafiros de azulado color, los rubíes encendidos, los arrojaste á puñados en el seno de la anciana que fué para tí la revelación de Dios sobre la tierra, en las manos del amigo que estrechaste con efusión entre las tuyas, á los pies de la mujer que fué el Norte en la brújula de tus aspiraciones. . . . ¡Ricardo! tardía pero incapaz de no pagar su tributo, se acerca, *tremblorosa*, á tu sepulcro, la cariñosa mano, para depositar en él la corona de



SR. D. FRANCISCO PIMENTEL Y HERAS.

Distinguido escritor y filólogo mexicano. † en México el 14 de Febrero de 1894.